
¿Qué Hay Más Allá de la Tumba?

Phil Sanders



En tiempos antiguos Job preguntó, “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” (Job 14:14); todas las citas son de la versión RV60 al menos que se señale otra).

La muerte tiene cierto misterio. Sabemos que sucederá pero no sabemos qué traerá. El aspecto más aterrador de la muerte es que después de ella enfrentaremos un juicio (Hebreos 9:27). Nos inquietamos acerca de si nuestra futura existencia será una de paz o una de completa infelicidad.

Hay algunas cosas acerca de las cuales nunca sabremos en esta vida (Eclesiastés 3:11; Deuteronomio 29:29). Tenemos solamente unos cuantos destellos en la Escritura de lo que habrá más allá de la tumba. Sin embargo, esos destellos, nos suplican que vivamos para agradar a Dios y permanecer en su amor y en su gracia (Judas 21).

Para asimilar que yace más allá de la tumba, uno debe entender la naturaleza del hombre y lo que sucede en la muerte. El hombre es un ser tripartita con cuerpo, alma y espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). El cuerpo es eso lo cual es físico, integrado por la carne y la sangre. Pablo señaló que “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda incorrupción” (1 Corintios 15:50). El cielo no está diseñado para el cuerpo mortal que ahora tenemos. Debemos tener un cuerpo inmortal, incorruptible y celestial, el cual recibiremos en la segunda

venida.

La palabra “alma” (psuche) es versátil en las Escrituras. Puede referirse a la persona entera (Hechos 2:41, 43; 1 Pedro 3:20). En otras ocasiones esta palabra se refiere a la vida física de una persona (Mateo 6:25; Hechos 20:10). La palabra “alma” es aun en otras ocasiones virtualmente sinónima de la palabra “espíritu” refiriéndose a la persona interna la cual sobrevive a la muerte. Jesús advirtió, “Y no temáis a los que matan el cuerpo, más el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28; cf. Marcos 8:35-37).

La palabra “muerte” significa “separación.” Santiago describió a la muerte en Santiago 2:26: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.” Note que dice que el cuerpo está muerto, sin embargo somos algo más que cuerpo. Eclesiastés 12:7 dice, “y el polvo vuelva a la tierra, como era y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.” En la cruz, Jesús le dijo al ladrón, “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). El espíritu del hombre sobrevive a la muerte mientras que la carne se corrompe.

La Biblia considera a una persona viva de diferente manera que a un cuerpo muerto. La Biblia se refiere a Dorcas como una persona viva pero muerta en una forma muy diferente. Hablando de la muerte física de Dorcas, la redacción de Lucas no habla de una persona (“ella”) sino simplemente de un

“cuerpo” (Hechos 9:36-42). En la muerte el espíritu se aparta del cuerpo para estar con el Señor, pero el cuerpo está sin vida.

La Biblia enseña claramente que el espíritu humano sobrevive a la muerte, aún cuando está separado del cuerpo. El espíritu no depende del cuerpo para su existencia. Mientras que los padres físicos producen el cuerpo físico, Dios es el Padre de los espíritus (Hebreos 12:9). Esa parte espiritual del hombre la cual viene de Dios sobrevive aun cuando esté fuera del cuerpo. Moisés en el Salmo 90 canta una oración acerca del tiempo y la vida, en el versículo 10 dice, “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años; Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan y volamos.” Moisés entendía que la vida existe aún más allá del momento de la muerte.

La Biblia enseña claramente que el espíritu humano sobrevive a la muerte, aunque esté separado del cuerpo.

Cuando David y Betsabé enfrentaron la pérdida de su hijo a causa de su pecado, él exclamó, “Más ahora que ha muerto, ¿Para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, más él no volverá a mí.” (2 Samuel 12:23). A pesar de su dolor y culpa, David comprendió que un día después de que él muriera, habría de reunirse con su hijo inocente.

En la cruz, Jesús hizo dos declaraciones que garantizaban su existencia futura ese día después de morir. Le dijo al ladrón, “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo, “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Y habiendo

dicho esto, expiró (23:46). Jesús no habló como alguien que piensa que va a dejar de existir; más bien, habló de alguien que estaría en una existencia consciente en alguna parte en presencia de su Padre y del ladrón. Mientras el cuerpo de Jesús yacía en la tumba, su espíritu estaba con el Padre en el cielo.

Pablo habló con la misma seguridad de existir en una forma espiritual después de su muerte. “Así que vivimos confiados siempre y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor.” (2 Corintios 5:6-8). Estando en la prisión en Roma y aguardando el juicio, Pablo escribió a los filipenses, “Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Más si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (1:22-23). Las opciones de Pablo eran vivir en la tierra en la carne o estar con Cristo en el cielo fuera de la carne. Él consideró la última opción como mucho mejor; estas no son las palabras de un hombre que cesaría de existir después de su muerte. Más bien estas palabras inspiradas revelan la esperanza y la seguridad que da la fe en Cristo.

El estado intermedio

“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” (Hebreos 9:27). El como viva una persona en su vida en la tierra afecta profundamente a dónde irá después de la muerte en el Día del Juicio. En el estado intermedio el espíritu de una persona está desnudo o sin un cuerpo (2 Corintios 5:4) y

añora el momento cuando ocurrirá la resurrección del cuerpo.

Lucas 16:19-31 cuenta brevemente la historia de lo que les sucede a las personas después de que mueren. Mientras algunos han considerado esto como una parábola, es más probable que sea una historia ilustrativa. A diferencia de las parábolas, aquí Lucas registra nombres de personas específicas: Lázaro y Abraham. Incluso si es una parábola, las parábolas hablan de lo que es verdadero para la vida y entran dentro de la esfera de lo posible. Deberíamos considerar la historia como una indicación exacta de lo que sucede más allá de esta vida.

Primero Jesús dice de los ángeles llevando a un hombre pobre y justo, Lázaro, y a un hombre rico y desobediente a una ámbito intermedio, invisible. Este espacio invisible es un lugar a donde los espíritus van para esperar el juicio. El hombre pobre está con Abraham en un lugar de consuelo y de cosas buenas (16:25). Por otro lado, el hombre rico, desobediente, levantó sus ojos encontrándose en llamas, en tormento y en angustia (16:23-25). Entre el justo y el desobediente está puesta una gran sima, una sima la cual no permite cruzar de un lado a otro.

Jesús usa la palabra “Hades” para referirse a este lugar a donde va el malo. La palabra “Hades” se confunde a menudo por infierno, pero el Hades es la morada “invisible” de los muertos. Donde los espíritus residen hasta el Día del Juicio. Aunque hay muchas similitudes entre el lugar de tormento en el Hades con el infierno, hay algunas diferencias. El Hades, el lugar intermedio de tormento, es temporal, mientras el infierno es permanente. El Hades es un lugar donde el ser espiritual sin cuerpo

reside, mientras el infierno es para los cuerpos resucitados de los malos.

Aunque el Hades normalmente se refiere a ese lugar de tormento, no es incorrecto aplicar el término Hades o “invisible” a ambos, tanto al lugar de consuelo como el lugar de tormento. Cuando Jesús habló de estar en el Paraíso con el ladrón (Lucas 23:43), se estaba refiriendo al lugar de consuelo en la esfera del Hades. Pedro en el día de Pentecostés citó la profecía de David en el Salmo 16:8-11 que el alma de Jesús no sería dejada en el Hades (Hechos 2:27). Algunos, que leen este versículo en la versión KJV, la cual equivocadamente traduce Hades como “Infierno,” piensan que Jesús estuvo en el infierno (NT. El autor se refiere a su versión inglesa, no obstante, algunas versiones en español también cometen este error, como por ejemplo RV1865, RV1909 y algunas más). ¿Jesús fue al Paraíso o al infierno? Una vez que uno entiende que Hechos 2:27 no se está refiriendo al infierno sino al “Hades,” el cual está constituido de dos partes diferentes, el malentendido se acaba.

El Día del Juicio

El estado intermedio terminará en el día cuando Jesús venga nuevamente y juzgue a toda la humanidad. Algunos deliberan con el concepto del Día del Juicio, preguntando cuando será juzgada la gente. ¿Serán juzgadas al morir o en el Día del Juicio? La respuesta es ambas. Los ángeles toman las almas para llevarlas al lugar que Dios asigna en la muerte (Hebreos 9:27). Su ubicación o colocación depende de la vida que ellos han llevado (Romanos 2:6-11). Sin embargo, también existe el día cuando la sentencia será dada en la resurrección.

El Día del Juicio después de la segunda venida no será un juicio en el cual se determinen la culpa o la inocencia sino un día cuando se de la sentencia. Los sistemas judiciales a menudo tienen dos fases, uno para determinar la culpa y otro para cumplir la sentencia. Dios nos juzgará en ese día al cumplir con la sentencia de condenación para los perdidos u otorgando la corona de vida para el justo (2 Timoteo 4:8). Pablo dijo, "Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Corintios 5:10).

Jesús dijo, "No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; más los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (Juan 5:28-29). Daniel había profetizado alrededor de 500 años, "Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua." (Daniel 12:2).

Es más, en el Día del Juicio Jesús se sentará en su trono glorioso. Las ovejas justas serán separadas de los cabritos malos. A la oveja el Señor les dirá, "Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo 25:34). Sin embargo, a los malos el Señor les dirá, "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (25:41).

En ese día, los muertos serán "juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito

en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego" (Apocalipsis 20:12-15).

Todos estarán allí, la gente de cada país, de cada siglo, de cada lengua y de cada raza. El potentado será juzgado con el humilde. Cada persona será juzgada por los criterios de Dios encontrados en sus escritos, las Escrituras. La cosa más importante sobre la mente de todos en ese día será si su nombre se encuentra en el libro de la vida.

El destino final de todos

En el Día del Juicio Dios dará a cada uno según sus obras basado sobre las normas de los libros por los cuales son juzgados (Apocalipsis 20:12-13). Aquellos que fueron justos, entrarán directamente con Dios a la ciudad celestial; aquellos que fueron incrédulos o desobedientes serán echados en el infierno, al lago que quema con fuego y azufre.

Nada será mejor que entrar a la ciudad celestial y vivir con el Padre y el Señor por siempre.

El Señor Jesús ha estado preparando la ciudad celestial desde que regresó al cielo después de su ministerio terrenal. Está preparando moradas para los justos en la casa del Padre, para que cada hijo de Dios pueda vivir con Él por toda la eternidad (Juan 14:1-3). Pablo dijo que por gracia Dios "nos resucitó y así mismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús" (Efesios 2:6-7).

Pedro bendijo al Padre de nuestro Señor por su gran misericordia, que “nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 Pedro 1:3-4).

En la ciudad celestial, Dios “enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque la primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4). No permitirá pecado o algo abominable entrar a la ciudad (21:8; 22:3). Esta ciudad tiene el árbol de la vida, el cual da fruto cada mes y las hojas que tiene traen sanidad a las naciones (22:2). “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad. Más los perros estarán fuera y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y hace mentira” (22:14-15).

Dios preparó el infierno, *gehenna*, para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41). El Señor describe al infierno como un lugar “donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:48). Es un lugar completamente separado de Dios (2 Tesalonicenses 1:8), un lugar de oscuridad, donde será el lloro y el crujir de dientes (Mateo 25:30). Aquellos que sean lanzados al lago de fuego “serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:10; cf. 14:10-11).

Nada será mejor que entrar a la ciudad celestial y vivir con el Padre y el Señor para siempre. Nada será peor que ser rechazado por Dios y ser lanzado al lago que arde con fuego y azufre.

La muerte es algo que todos nosotros enfrentaremos un día. Yo quiero ir al cielo. Nunca he conocido a alguien que no quiera ir al cielo. Sin embargo, para ir al cielo, tengo que estar preparado. Tengo un seguro de vida para proteger a mi esposa en caso de que algo me pudiera pasar. Quise prepararme de modo que ella pueda vivir cómodamente. He conocido personas que compran un terreno, escogen el ataúd y organizan el servicio funerario mucho tiempo antes.

Cuán insensato es estar bien preparado para la muerte aquí pero fallar en prepararse espiritualmente para el más allá. No deseo ser como las cinco vírgenes insensatas, que, esperaron al esposo y se equivocaron en comprar el aceite necesario para sus lámparas. Ellas corrieron a comprar el aceite y cuando se fueron el esposo llegó. La puerta fue cerrada y fueron desconocidas por Dios (Mateo 25:1-14). Mucho mejor es estar preparado para reunirme con Dios y vivir con Él por siempre y para siempre.

Phil Sanders es ministro de la Iglesia de Cristo Concord en Brentwood, TN, y sirve como instructor en la Escuela de Predicación de Nashville. E mail: phil@God-answers.org

Tomado de la Espada Espiritual
Volumen 40 No.2 pág. 33
Versión al Español
Jaime Hernández Castillo
Querétaro, Mex. Agosto 2009